

SOBRE EL LIBRO BLANCO DE DEFENSA BRITANICO

Estimamos de verdadera importancia el conocimiento de los dos últimos Libros Blancos de Defensa británicos *, ya que en ellos se pone de manifiesto, aparte de las líneas generales de la siempre interesante política defensiva de la Gran Bretaña, la apreciación particular que de la situación internacional hacen sus gobernantes; se afirman tesis concretas de política militar y se sostienen algunos puntos de vista sobre problemas que, aun siendo particulares, pueden tener paralelismo en otros países.

Lo de menos, para nosotros, ahora, en esta nota, han de ser los curiosos datos sobre la reducción de efectivos y gastos militares. Las cifras en sí poco nos dirían y la sustancia de los problemas de cuyas soluciones son consecuencia, o en cuyas soluciones influyen como limitación desde el principio, pueden encontrarse en determinados puntos del articulado.

De todas maneras, el problema económico que existe en el fondo de toda cuestión política y, por tanto, de toda cuestión de defensa, comprende extremos que han de merecer la atención del comentarista. No puede olvidarse—como recuerda el número 80 del Plan de 1958—que en un período de tensión prolongado, como el que ahora vivimos, el mantenimiento de una moneda estable y de una economía sana es un elemento indispensable de la defensa nacional. A tal respecto se especifica bien claramente en este plan que ya se habían empezado a sentir, en las fechas en que está confeccionado—inmediatamente anteriores a febrero de 1958—, las medidas adoptadas el año precedente. Ha bajado la proporción de la población activa empleada en las fuerzas armadas o que para ellas trabaja; se han

(*) Hemos manejado la documentación siguiente:

Le Livre Blanc Britannique sur la Défense Nationale (Notes et études documentaires). Núm. 2.320, de 3 de septiembre de 1957. Fasc. de la Serie Economique et Financière, de "La Documentation Française".

Le Livre Blanc Britannique de 1958 sur la Défense Nationale; id. id., núm. 2.408, de 6 de mayo de 1958.

reducido de una manera apreciable los cupos de metales requeridos para industrias bélicas; la demanda de personal científico y técnico es menos apremiante, etc. Y no termina el Plan sin antes recordar que lo que el Gobierno desea es atemperar los gastos militares a las posibilidades económicas del país, «de manera—añade—que la Gran Bretaña continúe jugando un papel mayor en el sostenimiento de la libertad y de la paz.»

* * *

La importancia concedida al factor económico es, pues, grande. Efectivamente, buscando economía se han hecho las reformas a que estos dos planes de defensa que tenemos a la vista—el de 1957 y el de 1958—se refieren. Lo más llamativo, en este orden de cosas, ha sido la reducción de efectivos militares. Para fines del ejercicio de 1957-58 los tres ejércitos tendrán un efectivo combinado de 606.000 hombres, lo que habrá representado una reducción global de 83.000 en ese período de tiempo. Esto se hace escalonadamente; pero crea problemas que a su vez han de ser resueltos también. Uno de ellos, y no el de menos trascendencia, es el de la colocación de los efectivos sobrantes en otras actividades del país, pues esa reducción no se hace solamente disminuyendo el reclutamiento de soldados, sino licenciando a los jefes, oficiales y suboficiales de los tres ejércitos, innecesarios según las nuevas plantillas y cuyo porvenir, tras unos cuantos años de limpios y eficaces servicios en guerra y en paz, se ve indudablemente truncado. El Ministerio de Trabajo, en relación con determinados órganos de la Administración Militar y con un Consejo Consultivo creado para esta tarea, ha tomado a su cargo la cuestión.

La solución futura, inmediata, es la desaparición del servicio obligatorio. Entre 1957 y 1962 se irá sustituyendo al soldado de reemplazo (servicio obligatorio) por el soldado profesional (servicio voluntario), de tal manera, que para 1960 no sea necesario incorporar ningún nuevo contingente de los primeros.

Objetivo de estas reformas es, aparte de la economía, el buscar una mayor eficacia en el instrumento militar. Pero esto, aunque tratan de razonarlo los planificadores, es ya más discutible y discutido, puesto que la eficacia no se garantiza sustituyendo cuantitativamente—digámoslo así—dos unidades con su armamento que tengan un valor de diez por una unidad de menos efectivos—aun cuando sean profesionales sus hombres en la mayoría—, pero que por estar dotada de nuevos medios y más eficientes ins-

trucción, valga por diez también. El problema está en el despliegue, es decir, en las posibilidades que por situación relativa en el tiempo y en el espacio tienen para ser empleadas estas nuevas unidades.

* * *

Por esto decíamos al principio que casi lo de menos interés es el significado económico de las reformas militares que recogen estos dos planes sucesivos. Junto a estos problemas económicos hay otros problemas técnicos y estratégicos que han de llamar más la atención al que desde el punto de vista político quiera estudiar estas cuestiones.

El aspecto técnico apenas puede ser tocado aquí. Todo el mundo sabe que los ingleses tienen una estupenda tradición en el campo de la ciencia. No podían los investigadores científicos británicos quedarse muy atrás de los norteamericanos, por ejemplo. Es más: en muchos aspectos, marchan aquéllos en cabeza. No obstante, en cuestiones tan importantes como la nuclear, en su manifestación de poderío, Gran Bretaña ocupa todavía un tercer puesto en el mundo. Por eso necesita el apoyo de los EE. UU. Pero el caso es que ya es potencia nuclear. Se ha colocado detrás de la U. R. S. S. y por ahora es la única potencia de esta naturaleza en Europa Occidental. Tras ella Francia—ya lo vemos estos días—buscando diversas ayudas, particularmente alemanas, trata de ingresar en la cofradía.

Todo esto viene a cuento porque, como vamos a ver acto seguido, la política defensiva británica se fundamenta en lo que pudiéramos llamar «tesis del preventivo nuclear». En esa tesis no está sola ni mucho menos, pues no hace más que seguir a los EE. UU.; pero quiere llevar cierta iniciativa. No puede—insistimos en ello—prescindir de la ayuda norteamericana; pero pretende llegar a disponer de armas y equipos propios, lo que supone un esfuerzo para lograr no sólo las materias primas necesarias, sino también los técnicos y las fábricas sin que sufra mucho la industria civil.

De todas maneras el estado actual de la técnica de los armamentos en Gran Bretaña le ha permitido fundar, sobre bases nada fantásticas, el Plan que comentamos. No es oportuno entrar en detalles, que harían larguísima esta nota. Baste con decir que los ingleses disponen ya de un buen depósito de bombas atómicas—las que se miden por kilotones—, que han terminado sus experiencias y se disponen a fabricar bombas de hidrógeno o H—las que se miden por megatones—, que tienen no sólo los aparatos de bombardeo necesarios para lanzarlas, sino una gama de pro-

yectiles dirigidos de vario alcance, alguno de los cuales pueden llevar cabeza atómica, y también dispone de una cohetería surtida y eficaz.

* * *

Lo más interesante de estos documentos aún no lo hemos sacado a relucir, aunque, en cierto modo, ya lo venimos anunciando. El de 1957—según señala en su prólogo—tiene una importancia excepcional, ya que significa «el más grande cambio de política militar que haya jamás tenido lugar en tiempo de paz». En efecto—según nos dice el prólogo del otro, el de 1958, refiriéndose a aquél—, «traza las grandes líneas de una política destinada a permitir a la Gran Bretaña no recargar su economía atendiendo a sus responsabilidades más allá de los mares y tomando su justa parte de peso que la defensa colectiva del mundo libre impone».

La «política nueva» expuesta en el Libro Blanco de 1957 se funda—según la define el propio Ministro de Defensa, M. Ducan Sandys—en dos principios:

1.º Que en las circunstancias actuales es imposible defender eficazmente el país contra un ataque con bombas H.

2.º Que los recursos del país no son limitados y deben ser dedicados más que a preparar una guerra a prevenirla.

Como consecuencia de estos principios vienen las decisiones concretas. Para «prevenir la guerra» lo mejor es disponer de un adecuado «dispositivo nuclear», gracias al cual no será necesario dedicar tanta atención a las llamadas «fuerzas convencionales», ello permitirá realizar ese «plan de reducciones» de que hemos hablado y que, como también señalábamos, supone una modernización de las fuerzas (equipo, entrenamiento, movilidad) y de todos los servicios y atenciones para la vida.

Y una alta finalidad preside todo eso: el cumplimiento fiel por los gobernantes de la Gran Bretaña de sus cometidos en la «estrategia mundial» a través de su despliegue de fuerzas.

En el momento presente, según se deduce del estudio de estos dos documentos tan interesantes, Gran Bretaña reconoce, como dos de esas altas finalidades traducidas ya al lenguaje de su política de defensa, dos cuestiones:

—La obligación de contribuir a la O.T.A.N. y a otras alianzas de la defensa colectiva del mundo libre.

—La necesidad de atender a las responsabilidades especiales que tiene ella directamente en otras diversas partes del globo.

* * *

En cierto modo son justificación de esas finalidades las apreciaciones que sobre la situación actual pueden hacerse. En alguno de sus apartados reconocen estos documentos, como hoy es común pensar y sentir, que el objeto de toda política de defensa no puede ser otro que el de conservar la paz. Pero por mucho que quiera explicarse no queda claro este concepto y mucho menos cuál es el alcance, o, hablando de otro modo, su precio. Quedémosnos con la idea de que «conservar la paz» quiere decir algo así como cubrir al mundo libre de algunas de las formas en que la amenaza comunista se manifiesta. Y decimos algunas porque, según reconoce el propio documento, hay varias, en efecto. Supuesto que el gran objetivo de la política soviética no es otro que el de conseguir el «dominio mundial», tal y como sus doctrinarios, ideólogos y estrategias lo vienen pregonando, estas formas no son sino auténticos repliegues frente a las diversas actitudes que el mundo libre adopta ante la amenaza. Así, al encontrarse con una decidida voluntad de pasar a la represalia nuclear en caso de agresión, los soviets acuden a la subversión política, a la penetración económica o a las acciones militares indirectas, bien cada una por separado, bien combinándolas.

Como ocurre en la mayor parte de los trabajos en que de estas cuestiones se habla, no aparece por ninguna parte la línea concreta que determine dónde y cuándo puede empezar dicha represalia. Es decir, que, por lo que puede deducirse, más bien queda reservada ésta para las «acciones militares directas», de las cuales, como es natural, mucho se guardará la U. R. S. S. mientras le convenga.

La tesis principal del Plan británico es la de la represalia nuclear sin duda. Sobre ella apoya su postura militar, que consiste en reconocer que ningún país, ni aun la misma Gran Bretaña, puede defenderse fuera de un sistema de «defensa colectiva». Por tanto, esta defensa es un problema indivisible, para cuya resolución es necesario recurrir a planes diversos, pero ligados. Y ello supone aceptar ese principio de la interdependencia que da cierto aspecto particular a los más delicados problemas, por otra parte clásicos, de índole lo mismo militar que económica o incluso política.

Esta teoría es la que inspira las tres alianzas más conocidas: Atlántico

Norte (O. T. A. N), Asia SE. (O. T. A. S.E) y Pacto de Bagdad, en modo particular a la primera. Dentro de cada una de esas alianzas, Gran Bretaña ocupa un papel importante y junto con ella entran también los otros países del Commonwealth. La participación llega, como no podía ser menos, a las mismas fuerzas armadas conjuntas. El Plan insiste con este motivo en la importancia de la aportación de Gran Bretaña, que resalta por dos motivos: Uno, por ser la Gran Bretaña la única potencia nuclear europea. Otro, por las muchas obligaciones que, como potencia, tiene incluso en el orden militar fuera del marco de las alianzas.

* * *

Repitamos una vez más que sería interesante ir desmenuzando el contenido de estos dos Planes de Defensa para ver cómo se llega a deducir cuáles son las misiones fundamentales de las fuerzas armadas británicas y estudiar la valoración de su despliegue. A través de los diversos apartados podemos ver cómo aún la Gran Bretaña se siente atada a una serie de zonas de enorme valor geopolítico: Europa y el espacio atlántico, el Oriente Medio, el Extremo Oriente, diversos puntos de ultramar; vemos también cómo tiene que dar importancia excepcional al espacio metropolitano y a la situación de unas fuerzas de reservas centrales.

No podemos analizar, desde el punto de vista militar, este despliegue. Quede para otra ocasión. Señalemos en cambio ahora con alguna mayor precisión cómo en el Plan se combinan dos ideas fundamentales. De una parte se establece que el ideal es el desarme. De otra—reconocida la realidad de la amenaza soviética—se sostiene que la base de todo plan militar debe ser prevenir la guerra más que prepararla. Pues bien: en esa idea de prevenir la guerra se apoya la necesidad de montar una represalia en caso de agresión. Y esta represalia no puede ser hoy más que con las más potentes y terroríficas armas nucleares. El mundo libre depende, por lo tanto, hoy por hoy de la potencia nuclear principal, que es la de EE. UU. cuyo «Strategic Air Command» (SAC) está siempre dispuesto a intervenir en la forma que hemos podido deducir por aquellos no lejanos alborotos de la U. R. S. S. ante los vuelos de los bombarderos norteamericanos hacia el casquete polar ártico.

De ahí también podemos añadir la importancia de poder titularse —y serlo, claro—«potencia nuclear», y de ahí también el peligro, podemos añadir, de olvidarse de otras formas de prevenir la guerra, de otras armas

y de otros métodos. Y aparte de esto, algunos también olvidan que prevenir la guerra no es incompatible con prepararla por si no hay más remedio que hacerla. Al fin y al cabo prevenir no es evitar, ni mucho menos.

El Presidente del Consejo británico, MacMillan, decía el 11 de febrero de 1957, en un discurso en honor del general Norstad, comandante supremo aliado en Europa: «No nos hagamos ilusiones; las fuerzas militares hoy día no tienen como misión hacer la guerra, sino impedirla. Ya no existirán campañas como las anteriores, con una victoria al final de una lucha equilibrada. La guerra total próxima no podrá significar más que una destrucción total.»

En verdad, esta es la política que desde 1954 viene siguiendo la NATO, refrendada por los Gobiernos de todos los países que la forman. Por entonces fué cuando se empezó ya el efectivo de las fuerzas terrestres que tenían a su cargo la defensa de Europa Central. Las 65 Divisiones existentes, cuyo número se pensaba hacer subir hasta 90, se acordó fueran reducidas a 30. Pero no todo el mundo piensa que esas reducciones están motivadas por otras razones: Una económica, otra de técnica militar, la existencia de la artillería atómica y de los cohetes y nuevos armamentos.

Hoy parece hora, y de hecho es reconocido por muchos tratadistas militares, de ir pensando de otro modo. Quizá todo esto venga de la interpretación que del concepto «equilibrio o empate atómico» se tenga. No podemos tampoco entrar en discusión; pero sí podemos invitar a reflexionar sobre el valor que hoy tiene lo que pudiéramos llamar «el chantaje atómico». Ante el terror de la amenaza atómica recíproca puede producirse la quietud de las armas convencionales, pero también puede ocurrir al revés: que, mantenidas en alto las espadas de las bombas H, empiece una pelea con armas convencionales. No se olvide esta posibilidad.

* * *

En fin, para comprender el sentido de la política de defensa británica que se recoge en estos dos Libros Blancos, nada nos parece mejor que sintetizar las palabras que expresan el pensamiento del *premier* MacMillan, recogidas de su discurso en Melbourne el 5 de febrero.

Gran Bretaña ha hecho todo lo posible con sus aliados por disminuir la tensión internacional y por encontrar algunos puntos de acuerdo con los países comunistas.

No obstante, la guardia de las potencias libres no debe ser abandonada prematuramente.

JUAN DE ZAVALA

El deber supremo del gobernante sigue siendo la defensa del pueblo.

La política de defensa británica no está en proporción de equipar al país con vistas a una gran guerra.

El objetivo principal de esta política es el de prevenir un conflicto armado.

Esta política descansa principalmente sobre la posibilidad de detener la agresión por la potencia estratégica nuclear.

Es del interés del mundo libre que Gran Bretaña pueda hablar con autoridad de potencia nuclear.

Pero no por ello entrará en competencia con EE. UU.

JUAN DE ZAVALA